

Retos de la memoria emancipatoria

Alicia María Luque¹

Resumen

La noción memoria, desde una concepción historicista del tiempo y de la historia, queda sujeta a múltiples operaciones y recortes taxonómicos, lógicos, epistemológicos, culturales, etc., que tienden a desligarla del complejo suelo sociohistórico político donde se inscribe. Construye esta categoría, según prescripciones de paradigmas totalizantes, de grandes narrativas y memorias lineales, secuencias jerárquicas, positiva, y homogénea de sucesos.

Otra perspectiva genealógica, afiliada a diferentes paradigmas, de lógicas abiertas, desclasificadoras, hace de la historia una “contra memoria”, donde se despliega una forma diferente del tiempo. La historia, como proceso de rupturas y emergencias, permite restituir la potencialidad transformadora y liberadora de la memoria sociocomunitaria, cuidando la supervivencia existencial entre generaciones. Preventiva, asistencial, y reparadora, frente a los persistentes estragos infringidos por la crueldad histórica y social.

Es necesario, poner bajo análisis la implicación (Loureau) de toda praxis del campo social. Recuperar, aquellas memorias beligerantes, resistenciales, como la memoria activa del vencido (Walter Benjamin), las voces de las víctimas, negadas por la historiografía oficial. O, Fernando Ulloa, visibilizando la instalación del sofisticado dispositivo de la crueldad, “encerrona trágica”, de dos lugares sin un tercero, como ley de apelación, donde la memoria singular es sustraída.

¹ Lic en Psicología (Uba). Esp. En Psicología y Ed. (Unr). D. Sup en Educ. y Trabajo(Usam). Esp. En Invest. Educativa(U. Comahue). D. Etudes Sup. (Paris VIII).
Actividades: Clínica, Comuna 3, talleres asistencia Psicosociocomunitaria Pcia. Bs. As.

Retos de la memoria emancipatoria

1- Memorias y Paradigmas, hablan los discursos

Tratar la cuestión social de la memoria, nos interpela acerca de la multiplicidad de concepciones, usos, y servicios asignados a esta categorización.

Deberíamos poder problematizar las afirmaciones y obviedades con que cursa su derrotero conceptual, que puede coagular en identidades singulares o colectivas presuntamente estables y homogéneas, o, como pretendemos, devenir memoria colectiva viva, crítica, con fines emancipadores.

Una memoria al servicio de la emancipación, debería suponerse recorriendo mayores complejidades. Realizando una suerte de definición operacional que, además de dar cuenta de acontecimientos locales y puntuales, debe sus filiaciones ideológicas, sus paradigmas afines. Poder pensar lo universal, mientras se discute lo particular.

Interesa aquí, enunciar algunos ejes inquisidores de los retos que afronta la memoria histórica social, que se pretenda emancipadora.

Resituarse la memoria como una construcción urdida en multiplicidad de simbolizaciones y sentidos, recortes taxonómicos, lógicos, epistemológicos, filosóficos, culturales, etc., con que es persistentemente intervenida, “desnaturaliza” el sentido común imperante y la trivialidad romántica con que suele investirse, o censuras deliberadas.

Resulta liberador, develar sus alianzas de micropoderes y saberes, y aún más, desobturar su profundo sentido ontológico, para el ser del sujeto histórico entre generaciones.

Su compromiso histórico con las poblaciones actuales para constituir identidades y subjetividades político sociocomunitarias más justas y éticas. Son debates inacabables.

¿Acaso la función de la memoria no resultó una bisagra para dirimir aguas entre un Nietzsche que la pensaba como ofensiva, cuyo exceso era perjudicial, mientras el olvido permitía la apertura del futuro, frente al psicoanálisis, que encontró en la memoria, y en los sueños como vía regia, de acceso al inconsciente bajo un orden represor, hacia una talking cure, que la objetivaría en acciones reparatorias singulares, desde la estructura viva de la lengua? ²

Más lejos, Jung compromete la teoría con una visión metafísica de la memoria, enlazándola al inconsciente colectivo, escrudiñando arquetipos universales, para confirmar la emergencia del entramado cósmico de nuestra existencia humana trascendente.

¿Cuántas apelaciones, perfiles, e intervenciones a memorias ingobernables, que siempre recuerdan, mientras olvidan?

² Debate la función ambivalente de la memoria, donde su exceso mata, mientras el olvido, restituye el presente y nos arroja al proyecto vital.

En Freud, el ser humano se ve impelido a recordar, cargando la huella mnémica, para guiarse hacia el objeto que procurará satisfacción. Aunque, vive la paradoja de que el olvido, lo reprimido por el trauma, siempre retorna.

El paradigma historicista en la memoria global, y la contra memoria desclasificatoria.

“La lógica clasificatoria conduce a Auschwitz y a Hiroshima”. René Loureau.

La noción memoria, desde una concepción historicista del tiempo y de la historia, sufre múltiples operaciones, que la presentan como neutral frente al devenir de los acontecimientos históricos, aunque emerge ineludiblemente en complejo suelo sociohistórico político que la condiciona.

Al construir esta categoría memoria, según mandamientos de paradigmas totalizantes, jerárquicos, que traslada grandes narrativas y memorias lineales, secuencia positiva y homogénea de sucesos, se sostiene el Uno decodificador, la máquina social Capitalista.³ (Deleuze, 1980). Analiza cómo este impulso anulador de códigos y apropiador de territorios es universal en el capitalismo, por ello, es universal en toda sociedad.

Es necesario iniciar el diálogo con racionalidades totalizantes, pues sus dialécticas clasificatorias ponen en marcha mecanismos institucionales excluyentes de lo diverso, lo múltiple, lo no estatuído. Caen en la jerarquización de un concepto o acontecimiento, y quedan sujetos a un orden oscuro y burocrático.

No hay espontaneísmo ni ingenuidad, en esta primera concepción pregreñada por el pensamiento único. Pero, sí existen necesidades históricas, éticas, que nos exigen una posición impugnadora.

La utilidad de ligar la problemática de la memoria y sus procesos, a los paradigmas que las conciben y a sus lógicas, se da en tanto operan como dialécticas constructoras de realidades, significados y sentidos, direccionados hacia diligente políticas globales, regionales, o nacionales.

Esto es así, aun cuando sigue pendiente un debate sobre las lógicas que rigen también en el plano científico, y en los paradigmas directores de encuadres y prácticas en el campo social. Kuhn, ya advirtió que la revolución en la ciencia, dadas como cambios de paradigmas, constituye un desafío a la racionalidad (Kuhn, 1962).

“No es para asombrarse, si se piensa que la lógica binaria, la del tercero excluido, de la no contradicción, sigue siendo el letrado erguido de la entrada al “campo” de la ciencia”, aporta (Loureau, 1987-1990)

Pero, el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.

Pueden recorrerse caminos lentos, dispares, y confrontadores, buscando subordinar los potentes aconteceres de la vida, de lo múltiple, a las racionalidades hegemónicas.

Kuhn entiende que un cambio no racional de creencias, puede ser un cambio de algo menos razonable, a una doctrina más razonable. En esa nueva concepción, después de un cambio de paradigma, los miembros de una nueva matriz disciplinaria “viven en un mundo diferente” al de sus predecesores. Se promueve ver el desarrollo de la ciencia, y sus transformaciones, sujeta únicamente a los viejos cánones de racionalidad y de lógicas para estructuras finitas, organizadas dinámicamente, propendiendo a la estabilidad.

Las prolijas y tranquilizadoras taxonomías clasificatorias, siguen diseñando propuestas que guardan afinidad por identidades estables, lugares quietos, permanentes, cristalizados.

³ Según Deleuze, el capitalismo no puede proporcionar un código único que abarque todo el campo social, al contrario, es decodificador. La corriente marxista también analizó cómo decodifica, arrollando todo lo que antes se consideraba sagrado.

De lo que cada vez estamos más lejos, ante la compleja y profusa interrelación de la sociodiversidad económico-política de nuestras poblaciones, tanto local, como regional. Con esto, quedan invisibilizadas las diferencias y discontinuidades, en todos los niveles, y los innumerables lenguajes y acontecimientos.

Caemos en tales imposibilidades, otorgadas por la inercia de la modernidad, que construyó un pensamiento de oposiciones binarias que fueron el pilar regulador de los comportamientos (Foucault, 1992). Nos recuerda asimismo, que los poderes hegemónicos buscan perpetuarse, no sólo con las estructuras panópticas de instituciones de vigilancia y control, sino con mecanismos, dispositivos de exclusión, operaciones de coerción y control.

Cuando en las comunidades, como en las instituciones, interrumpen discursos y acciones movilizados por “desórdenes”, o procesos inestables, diversos, que no admiten clasificaciones, ni entran en seriaciones jerárquicas previstas, sobreviene el “caos”. Disturbio que suele ser relegado o reprimido, y se pierde como experiencia vital. Con lo cual, se arrastra al olvido, o la censura desappropriadora, una memoria social enriquecedora.

En diversos ámbitos, la modernidad instituyó líneas teóricas que aún persisten, como el funcionalismo educativo, donde la memoria iguala democratiza, trasmite, recordado hitos, valores comunes. Pero también se reproduce (estructuralismo), una memoria desigual, recortada, única.

De la revisión crítica de estas corrientes, surgen otros paradigmas, que relacionan cultura, poder, educación en política (Giroux, 1999). Con estudios realizados en contextos escolares, expone la Teoría de la resistencia, donde muestra por ej., como los “educandos”, de otros grupos culturales, resisten las teorías funcionalistas igualadoras, seleccionando, decodificando, e interpretando lo que se les entrega.

Es pertinente refutar, con esa persistencia creativa, a la homogenización, que siempre se hace a costa de destruir las diferencias, visto generalmente en el trato dado a los propios diferentes, y a los inmigrantes, fuertemente ambivalente. Centraliza el tema de la gobernabilidad, con la función originaria de crear identidad, y patria, o más recientemente, ciudadanía.

Presentada como conjunto de valores compartidos, está íntimamente ligada a cuestiones de poder, en tanto decisiones acerca de qué problemas importan, qué soluciones son admisibles, quién arbitra, quién permanece, a quién se excluye.

Permite la instalación de diversos procedimientos y operaciones acerca de cuestiones de identidades nacionales, colectivas y/o singulares, que obran como modelos referenciales del ser local, apoyados en el sentido común imperante, que desalienta oposiciones.

Todavía dominantes, estas realidades universalistas, como formas de razonamiento, y sus lógicas correlativas, como investigaciones y métodos de formas de conocimiento, es el telón de fondo estructural, que según (Deleuze, 1980) sigue entramándose en la descomunal tarea de la máquina social del capitalismo, el gran decodificador. Impiden miradas que incorporen lo múltiple, lo singular, las pequeñas historias, las memorias resistenciales o insurgentes, que amenazan su homogeneidad.

Lo propio de la máquina capitalista, es hacer esa deuda infinita.

Porque el capitalismo no puede proporcionar un código único que abarque todo el campo social, al contrario, siendo decodificador, arrolla con todo lo anterior que se consideraba

valioso, y con sus vivencias existenciales.

La represión general de las máquinas sociales, puede sin embargo, tener respuesta emancipadora. El campo social, al cargarse de de una producción represiva, o bien de un deseo revolucionario, puede promover esta salida, en el individuo esquizo, que al quedar fuera, permite una producción deseante de resistencia. Este deseo es provocador, agresivo, activo, productor, artista, conquistador. Perspectiva que está ligada a las opciones de refutar identidades, sobre todo colectivas, para asumir posiciones que recusen su servilismo político.

Igual recorrido pueden darse con las historias “oficiales” referenciadas en espacios de poder instaurados, y con las memorias coaguladas y permitidas que los sostienen.

Para una impugnación válida, debe darse, una ruptura epistemológica, que implica una lectura y comprensión diferente del discurso históricamente producido.

Debe expandirse el sentido de lo que significa pensar *en y desde* la diferencia que, para (Derrida, 1989), conlleva *situarse en la ambigüedad, en el límite de la clausura de la episteme de la lógica occidental*. Salir de lo mismo para abrirse a lo otro, para contribuir a la producción de una nueva racionalidad. Podría comprenderse como el acceso a desobediencias emancipatorias, ante el enajenamiento represivo.

Derrida entendía que la filosofía occidental ostentaba certezas erróneas, la de que se podía confiar en el unívoco y verdadero significado de los conceptos y las palabras. Propone, por el contrario, trabajar *la diferencia*, la llegada del “otro”, sin previo aviso, que excede toda relación de diálogo.

Esta visión, presupone importantes consecuencias a la hora de gestionar políticamente encrucijadas sociales y sus narraciones, o registros históricos inauditos.

Concibe una política que debe abrirse a ese otro no invitado (emigrado, desplazado, exiliado, extranjero, desaparecido, etc.) sin anticiparlo ni identificarlo. Nos acerca a una política emancipadora propia y regional, modificando el concepto y las prácticas de la soberanía y del derecho.

Este enfoque contribuye a refutar la concepción de identidades (y subjetividades) convencionales, de la que son tributarias las poblaciones vulnerables. Al rescatar al ser como diferencia, critica la idea según la cual el sujeto y su representación son el punto de partida y el fundamento. Propone pensar lo no pensado y velado por la lógica de la identidad.

Considera que la noción imperante de subjetividad y de identidad es la que ha imposibilitado el pensamiento de la diferencia. Pone en cuestionamiento las teorizaciones del principio de identidad y la noción clásica de sujeto. Suspende lo que identifica, fija, estabiliza, clasifica.

Enuncia que “no es posible hablar de identidades como si solo se tratara de un conjunto de rasgos fijos, ni de afirmarlas como la esencia de una etnia o nación”.

La historia de los movimientos identitarios revela una serie de operaciones de selección de elementos de épocas distintas, articulados por los grupos hegemónicos en un relato que les da coherencia, dramaticidad, y elocuencia. Los sujetos poblacionales, pueden quedar atrapados en relatos que los cuentan, y describen clasificatoriamente, borrando sus no repeticiones.

Las derivaciones más potentes que aporta este pensamiento, es que establece una clara diferencia de lo identitario, como una fijación que debe, impugnarse, y la identidad, como un devenir, que refuta el modelo de asimilación, negador de la movilidad e inestabilidad de las conformaciones culturales. Favorece el descentramiento de los estereotipos identitarios

de sumisión, mientras contribuye a visibilizar las nuevas emergencias referenciales de identidad.

La historia que conciben los historicistas procede de una sucesión lineal de acontecimientos con arreglo a una finalidad teleológica trascendente, en tanto, los genealogistas registran la detección de puntos de discontinuidades que señalan la emergencia de un acontecimiento singular y las condiciones que lo hacen posible.

Este enfoque no ve la productividad de la historia en el desarrollo de una secuencia homogénea y positiva de sucesos, sino en un proceso de rupturas y emergencias, donde no existe un origen fundante que instale una tradición, una procedencia primera de donde surge el presente.

No hay origen, sino un combate, entre las fuerzas que instauran el suceso por elementos dispares, azarosos, contingentes, que deshacen la filiación de la vida actual en una filiación identitaria, cargada de sentido común oficial y epocal.

Entendida genealógicamente, la historia ya no otorga una identidad que nos indicaría lo que somos, sino justamente, aquello en lo que diferimos.

Se detentan las incidencias que las interrupciones tienen en el devenir histórico, y que se hallan debajo del Gran Relato de la historia para encontrar aquellos puntos de irreversibilidad que producen la diferencia.

Estos pensamientos nos habilitan a adherir a lógicas desclasificadoras, devenidas de la perspectiva genealógica, que pueden dar cuenta más apropiadamente de la existencialidad múltiple y cambiante que cursamos en estos tiempos, al recuperar lo marginal, lo diferente y singular.

Una contra memoria, surge coincidiendo con el paulatino desplazamiento hacia paradigmas abiertos, que promueven los procesos de caída de estos relatos monolíticos, abonados por crecientes experiencias de la diversidad multicultural.

En la medida que es esencial el papel de la memoria, y el olvido, en la constitución de la identidad, y, el de las identidades nacionales en las políticas de la memoria colectiva, debe ser exigida la ética y la responsabilidad para abordar su tratamiento.

(Ricoeur, 2003) en “La memoria, la historia, el olvido”, expresa su preocupación por el uso de la memoria en los espacios públicos, “por el inquietante espectáculo que dan el exceso de memoria en algunos espacios y sobre determinados acontecimientos, y el exceso de olvido en otros casos, por no hablar de las influencias de las conmemoraciones y de los abusos de memoria y de olvido”.

Benjamín, pensaba asimismo, que la historia no puede conocerse como verdaderamente ha sido, sino como la aparición de una imagen. La rememoración no construye objetividad, sino que tiene acceso a una evocación con incompletudes, fallida, selectiva, y arbitraria, que recuerda al mismo tiempo que olvida.

Memoria viva, abierta desde desobediencias civiles militantes, que revisa críticamente la experiencia histórica, partiendo de los lugares vacíos de humanidad, desde las víctimas. Esta visión, despliega una forma diferente de tiempo: una historia como proceso de rupturas y emergencias, donde es posible restituir al tratamiento de la memoria, toda su potencialidad liberadora y transformadora comunitaria, reinstalando funciones de cuidado y supervivencia existencial entre generaciones. Tarea preventiva, asistencial, y reparadora, frente a los persistentes estragos infringidos en hechos de crueldad histórica y social.

2 -Memoria-olvido y crueldad

El uso y función política de la memoria y el olvido, participan ineludiblemente en la conformación de los hechos de crueldad.

Tanto, como al desandarlos, develarlos, confrontarlos, o insubordinarlos, se recuperan los espacios y las vidas arrebatadas por mecanismos que operan esos sistemas perversos. Ligado a este planteo, resulta central reposicionar la utilidad político-sociocomunitaria de aquellas memorias beligerantes, resistenciales. Conectadas con líneas teóricas y experiencias válidas de trabajadores del campo social, otorgan sentido y verdad a esas prácticas, retrogradando los designios de la violencia histórica.

Hay referencias notables, e inspiradoras, del trabajo tenaz, ético, y humanitario llevado a cabo, acerca de los alcances de la memoria de las víctimas, que, dejada al descuido o a imperio de la fuerza circunstancial, prohíjan hechos crueles, en aquellos territorios de hegemonía autoritaria.

En esa línea, aquí se revalorizan los aportes sobre la memoria activa del vencido, (Walter Benjamin) que va tras la interpretación de todo lo vivido por la historia, rememorando. Trayendo las voces de las víctimas, negadas/acalladas por la historiografía oficial.

Entre nosotros, Fernando Ulloa, recupera y prueba esta lógica, cuando asistiendo a las víctimas de la dictadura cívico-militar, muestra que sólo puede armarse la “encerrona trágica” entre la víctima y el victimario, cuyo paradigma es la mesa de tortura, cuando no hay un tercero que opere como ley de apelación. La crueldad, como sofisticado dispositivo sociocultural exterminador, instaura también el olvido cómplice, contracara de la memoria, sustrayendo la memoria singular, aniquilando la memoria histórica de la víctima desde la potestad del poder irredento, que se reclama a sí mismo.

La crueldad finalmente, efectiviza su poder desde las lógicas clasificatorias, esencialistas y destructoras no impugnadas, que construyen tiempos lineales y fijos, cargados de los sentidos y símbolos dominantes del “progreso” moderno.

Estos estudios, denotan cómo el encadenamiento perverso, el olvido sistemático y minucioso es estratégico, para abandonar a las víctimas de la Gran historia, que escriben los vencedores, arriesgando la supervivencia vital del sujeto histórico, y de las generaciones que llegan.

Contribuciones, que vienen en auxilio de las memorias insurrectas que pretendemos resguardar, a contra riesgo de banalizar y simplificar la interpretación de sucesos claves, o hitos, que construyen subjetividades impugnadoras.

Recoge la concepción de Walter Benjamín, sobre la memoria y la historia como experiencia discontinua, fragmentada. Conlleva un inexcusable requerimiento ontológico, una petición de ética, siempre presente.

Para Walter Benjamín, solo la memoria activa del vencido, como rememoración, puede recuperar las historias perdidas, las verdades olvidadas que esperan redención. Nada es olvidado por la historia para la memoria que recoge todas las experiencias acaecidas, excepto en los espacios impunes abiertos por omisiones de historiografías hegemónicas oficiales, que instalan cercos y campos de crueldad, cuya condición necesaria es el olvido, el desprecio, y la aniquilación del ser.

Pero, esta memoria activa, cruzando tiempos históricos heterogéneos, estableciendo políticas dignificadoras de la condición humana, opera como mecanismo reparador de

masivos daños socio-existenciales. Es una memoria despierta, reinterpretadora del pasado potencial, ligada a las lógicas de la vida, aportando la ética de la ternura, restituyendo el cuidado de las generaciones siguientes.

Cuando Walter Benjamín aborda la memoria y el olvido histórico, desde perspectivas histórico político-sociales, reclama instaurar la rememoración, como apeladora de los estragos del fascismo alemán. Recusa las inequidades del uso abusivo y autoritario del olvido histórico, que se pone al servicio del ilusorio, nefasto, e “irremediable” del progreso humano.

La mirada entonces, no es hacia atrás, sino a lo que hay de pasado en el presente.

Pero no ya como una nostalgia que determina la contemplación, sino como una radical apertura del tiempo capaz de poner a salvo los muertos del enemigo, cuyo dominio sobre los vencidos supone que: *“no existe un documento de cultura que no sea a su vez documento de barbarie”*.

Esta presunción es válida, alerta a desanudar los planteos binarios, lineales, con que suele presentarse el “ayer”, en una memoria de aparente retraducción unívoca.

Un “ya fue”, como dirían nuestros jóvenes, sin apelaciones ni revisiones posibles.

Foucault, que prosigue la línea genealogista de Nietzsche, consistía en hacer de la historia una contra-memoria y desplegar en ella una forma totalmente diferente de tiempo.

Para Benjamín, el historiador, al testimoniar la experiencia cultural y política de la clase social de los oprimidos, tiene como tarea, pasarle a la historia el cepillo a contrapelo.

El programa de Benjamín, tenía por objetivo destruir la inmediatez mítica del presente, no insertándola en una secuencia cultural que afirma el presente como conclusión o culminación, si no evidenciando la constelación de orígenes históricos que tienen el poder de hacer explotar el continuum de la historia. (Vedda, 2008)

Cuando Fernando Ulloa, expone su trabajo sobre las dolorosas experiencias de las víctimas, sugiere la concepción de una memoria- herramienta contra la crueldad. Una memoria beligerante, que tenazmente trata de no olvidar la pertenencia al sentido, a la filiación humana. Sus investigaciones, develan una memoria aniquilada por los victimarios, en el dispositivo, para concretar el acto cruel.

Entonces la memoria crítica, activa, puede erigirse a su vez, como un dispositivo antagónico, resistencial .

Es aquí, donde la centralidad de la memoria emancipatoria, nos lleva a reivindicar el manejo y los alcances de una política instrumental sobre este concepto, y de las operaciones ejercidas en su nombre, cuya inadvertencia, tiende a promover arrasamientos de existencias singulares y sociales.

La crueldad, devastando la memoria de la víctima, siempre presenta el olvido de lo humano, de la compasión, de la ternura. Se entroniza lo cruel, para hacer posible y exitosa la impiedad y la pretensión de impunidad, como parte central de su constitución.

Pero el accionar cruel no está circunscripto puntualmente al ámbito del tormento, sino que está sostenido por círculos concéntricos, logísticos, políticos, que benefician a los que instauran el terror. Se puede decir entonces que la indefensión solitaria ante el cruel, el olvido, la negación de humanidad, de una terceridad que imponga la ley, lo perpetúa.

La búsqueda de cosificación de la víctima, torna en el mismo movimiento, cosa temible e inhumana al victimario. “El otro se ensaña sin que nadie del público intervenga”.

Ulloa, trabaja entonces el concepto de numerosidad, que alude al acompañamiento

colectivo, cuando la gente se junta para discutir y promover debate de ideas, el juicio público válido, legitimado, cuando toda instancia jurídica ha dejado de existir.

Este concepto puede pensarse como una memoria extensa, inserta en instancias mayores de acción, fortaleciendo posiciones de una memoria emancipadora, que también opera con la entrada de otros tiempos y voces, como postura apeladora de pervivencia y liberación.

Un planteo que nos envía a un efectivo “remedio social”, instrumento dinamizador que otorga la protagonización de la fuerza colectiva, construyendo y sosteniendo la memoria ampliada. Apropiándose de otro saber y de episodios censurados por el dominador. Ulloa recupera el saber crítico de la rememoración, como opuesto al saber cruel (el saber de la exclusión, del odio, del aniquilamiento).

Entonces, se infiere que la crueldad se hace posible, porque aniquila lo que hay de humano en la víctima, sin refutación de otros. Sin presencias o testimonios deliberativos, va tras la clausura de las historias mínimas, de las memorias “resistentes”, de sus sentidos y tiempos singulares.

En planos comunitarios, ante los procedimientos coercitivos, solemos ver desaparecer, subrepticia y tenazmente, las huellas, los íconos, o los recorridos de las luchas por sus autonomías sitiadas, y saberes emancipadores interdictos.

La preocupación de Benjamin por el olvido, silenciamiento y abandono de las víctimas, son categorías que aparecen como partícipes necesarias del dispositivo de la crueldad que expone Ulloa. Convergen en analizar políticamente, en términos de luchas de poder, esas nociones que condensan racionalidades disgregantes, tensando ámbitos de derechos.

La memoria transformadora aparece tanto en el plano de la conciencia singular, como en niveles de representación política y, finalmente, como instrumento reinclusor de existencias marginadas. La crueldad, es así el reverso de la memoria crítica, despierta, en tanto dispositivo sociocultural anulador, deshumanizante y exterminador, que requiere del olvido y de operaciones políticas minuciosas, para instalar afán de destrucción y pretensión de impunidad.

Deberemos cuestionar el continuum de la historia, jerarquizando el sentido singular y contingente de la experiencia humana, sobre todo de aquellos fragmentos y potencialidades suprimidas, para insertarlos en una constelación de categorías, que pretenden una cosmovisión de dimensión ontológica, no sólo política.

La memoria que se sustrae en el procedimiento cruel, obturada o negada en procesos resistenciales, es la que se propone aquí como dispositivo, no la memoria del Gran relato historicista o identitario, coagulado en hitos emblemáticos.

Por esto, la memoria que significamos, puede presentarse como contradispositivo antagónico, no solo de la crueldad, sino del olvido sistemático, del silencio político de las historias de luchas que quedan fuera de los anales del Registro Unico, pretendidamente inequívoco y homogéneo. Olvido, que se pone finalmente al servicio de una historia oficial, promoviendo la continuidad oscura y cómplice de un presente vacío, sin quiebres.

Importa entonces, recuperar esta concepción de memoria de Benjamín, para ejercer prácticas contra-hegemónicas, emancipatorias, no solo contra el dispositivo de la vera crueldad que analiza Ulloa, sino para habilitar la consecución de la vida y la justicia de los tiempos venideros.

Asimismo, abordar las cuestiones de la memoria, y su contraparte dialéctica, el olvido, en territorios políticos, presupone contribuir a liberar a estas categorías de los confinamientos

territoriales (disciplinarios, literarios, creativos) donde suelen profugarse los desentendimientos y tibiezas políticas.

Son desvíos, escenificaciones políticas de mecanismos en colisión: poderes de olvidos renegadores entramando crueldades comunitarias, y redes de memorias, ejerciendo resistencias.

3 -Implicaciones de la praxis, la memoria bajo análisis

Resulta útil, de cara al acontecer comunitario, instalar un debate político que visibilice cómo juegan estas concepciones y mecanismos sociohistóricos en nuestro escenario local, y hasta Regional.

Esclarece realizar ese recorrido, poniendo bajo análisis la implicación política, no solo adhiriendo a referencias paradigmáticas que redistribuyen un tipo de memoria, sino para indagar la propia praxis profesional de los trabajadores del campo social, y de sus efectos, (en la línea propuesta por Loureau,). Enfatizando, aquellos acontecimientos donde se juegan fuertes tensiones y contradicciones ideológicas, para recuperar la memoria refutadora, y desbaratar la instrumentación de la memoria “naturalizada”, posicionamiento que suele admitir, en el fragor de las prácticas del quehacer territorial, con las altas demandas y urgencias asistenciales que insumen sus tránsitos.

Para recuperar las memorias beligerantes, desentramándose de propuestas historicistas, es necesario, poner bajo análisis persistentemente, la implicación de toda praxis actual (Loureau, 1987-1990) Indica, que, siendo la implicación, “un nudo de relaciones”. No es buena (uso voluntarista), ni mala (uso jurídico-policial).

Siempre está presente “en nuestras adhesiones o no adhesiones, nuestras referencias y no referencias, nuestras participaciones y no participaciones, motivaciones o desmotivaciones, investiduras libidinales o no”.

Si entonces, la implicación existe siempre, y la memoria queda sujeta a estas vicisitudes, es necesario, ponerla persistentemente bajo análisis, como se interpela la implicación de toda praxis. Se analiza, no para eliminarla, sino para develarla, en sus efectos sociales presentes. ¿Cuál es su incumbencia con los procesos de la memoria y sus destinos?

Deberíamos poder reposicionar la utilidad político- social de aquellas memorias insurrectas ligadas a experiencias válidas de activistas civiles que desobedecen, creando nuevas realidades y teorizaciones. Otorgando verdad y sentido irrevocable a las experiencias de lucha, o insubordinaciones populares, a fin de retrogradar los designios de la violencia histórica.

Ampliar esta propuesta, del análisis microfísico de los saberes y poderes implicados en las intervenciones y sus consecuencias, hacia ámbitos donde se encuentren pendientes, censuradas, o negadas.

Aún, en aquellos espacios de participación afines, como los abocados a políticas de la memoria, que transversalizados de obvedad, pueden constituirse “puntos ciegos”, retaceando oportunidades de alternativas más críticas.

Igualmente, buscar el despegue del sentido común dominante, enlazado fácilmente a procedimientos denegadores. Desmitificar prejuicios tendientes a sacralizar y congelar acontecimientos, que aluden a identificaciones fijas, jerárquicas de constelaciones identitarias ligadas a memorias “nacionales” o situadas, que frecuentemente se densifican en esferas oficiales, agrupaciones partidistas, o gremiales. A veces, puestas en riesgosas contradicciones con las prácticas ejercidas en territorio, que diseñan desde otras vivencias

sociales, el cumplimiento de impostergables proyectos y planificaciones sociocomunitarias. Atentos también, a la conformación de coagulaciones identitarias colectivas poco críticas, de autonomía endeble, que reproducen representatividades históricas constituyentes, en instancias políticas, organizaciones, corporaciones, o monopolios proveedores. Mantienen sus empoderamientos por adhesiones hegemónicas a los Estados, o al servicio de estructuras económico-financieras, ejecutando reiteraciones épicas abusivas, sosegadoras. Exhortadoras de sumisión patrióticas.

El tratamiento dado a la memoria, en la post dictadura cívico-militar de nuestro país, estuvo inevitablemente impregnado por legítimos reclamos sobre derechos humanos, lo que resulta de alta valoración, para visibilizar y limitar procesos autoritarios.

Pero ¿podremos avanzar además, sobre sus raíces, efectos estructurales, y rémoras impensadas, hasta indagar la microfísica de derroteros filosóficos- ideológicos en aquellos paradigmas y enunciados que la abarcan y sostienen?

La memoria social latente o explicitada, se presenta como bisagra articuladora de acontecimientos perdidos, desechados. De pequeñas historias que buscan redención, en la invisibilidad anonimatizante del complejo mundo actual.

Todo lo cual, reclama serias e intensas reflexiones, en un presente arrojado a fuertes desafíos, con sucesos multifragmentados, y veloces reordenamientos. Esperan grandes tareas libertarias y fraternas, para otorgarse espacios de resistencia política.

Entonces, ¿qué afirmación de autonomía y libertad colectiva, qué restitución personal efectiva y ampliada, pueden alcanzar las gentes que atraviesan este período histórico en transformación, si no se replantean las complejas y multisémicas intervenciones de memoria-olvido-justicia.⁴

¿Que umbrales de reparación y cuáles verdades podemos alcanzar, tanto en los planos de la memoria histórica colectiva y pública, como en la memoria que cursa dramática personal? En la enunciación de la tópica freudiana de las formaciones de la memoria, así como la represión, y el retorno de lo reprimido, cobra centralidad en esta configuración, el lugar del olvido.

Aquello que siempre retorna ante el trauma, aunque no totalmente, es la memoria como rememoración. Cuando se busca recuperar y reparar el daño del pasado, esta acción nunca es completa, porque opera el olvido. Aquí también el olvido no solo es el fracaso de la memoria, porque no hay trabajo de la memoria que no sea también del olvido. Hugo Vezzetti, expresa la paradoja inherente al concepto freudiano de represión: “en la dinámica de lo reprimido, lo que se manifiesta como olvido (nunca definitivo), en la conciencia, permanece como recuerdo, incluso intensificado, en el inconsciente”. Salvado los límites que imponen las traspolaciones, ayuda a pensar las tramitaciones, destinos, y sentidos de estas nociones.

En términos de contra hegemonía a las políticas globales, registrar a contrapelo los procesos, supondría sostener una posición social crítica ante los objetivos de los Estados y Corporaciones económico-financieras en crisis de representación política, que tienden a silenciar y enmascarar el desmantelamiento de nuevas modalidades de representaciones políticas y protestas sociales.

Una representación de la historia que evite la complicidad a la que continúan aferrándose

⁴ Luque, Alicia María “Memoria y Crueldad, dispositivos antagónicos...”. Para III Seminario Internac. Políticas de la memoria, Recordando a Walter Benjamin.

los políticos” Tesis X, es “donde el sujeto de conocimiento histórico, que es la propia clase que está oprimida y en lucha, puede hacer saltar el continuum de la historia y redimirla políticamente” Tesis XII

Otorgar sentido liberador y emancipador a los procedimientos y producciones conceptuales de las organizaciones sociales, que cuestionan en sus prácticas y discursos a las políticas tradicionales, el vacío político, los relatos y propuestas homogéneos, burocratizados, ante la reconfiguración y emergencia de nuevas conformaciones obreras, civiles, culturales.

Benjamín dice en la Tesis VI “*en cada época hay que intentar sustraer a la tradición del conformismo y, de ese modo, superarla*” (Benjamín, 2009).

La memoria y su paradoja, el olvido. Siempre cursando oscuridades, difusa, inasible, reivindicadora, inabordable, reparadora. O, a veces, atroz en lo incomunicable de la censura arrasadora.

Sea, reencauzando caminos de cura personal, o despegar a lo trascendente, para aportar a la lírica poética, o urdiendo interminables rizomas filosóficos en fuga. Pugna por expresarse en lugares innombrados, velando la guardia de sus estados latentes, liberadores, e indóciles.

Pero, la memoria con atribución emancipadora, sólo deviene ese servicio, a condición de realizar concienzudas y sistemáticas contraoperaciones, que antagonicen con el avasallamiento global, montado por el Universal clasificador capitalista, inaugurado para los sistemas modernos de gobierno.

Requiere tareas empecinadas, sistemáticas, de revisión y desnaturalización de sus usos y funciones convencionales, para deponer el lugar que se le asigna habitualmente: mera constatación pasiva, al convocar la sucesión de fenómenos perdidos.

Estos procedimientos, son los que consiguen desujetarla de la finalidad sojuzgadora del sistema decodificador, en que inexorablemente discurre, para finalmente, redirigir sus utilidades al campo popular. Le competen alianzas, que permitan correr las fronteras de las impunidades, que, al quedar inanalizadas, amenazan con entronizarse hasta en las propias entrañas de las prácticas, y de los inexcusables objetivos emancipatorios.

Bibliografía:

Benjamín Walter, 2009, Estética y Política, traductores Tomás Joaquín Bartoletti y Julián Fava, Buenos Aires. Las Cuarenta.

Deleuze G., y Guattari, F., 1980 Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia, Valencia. Pretextos.

Derrida, Jacques, 1989, Del Espíritu: Heidegger y La Pregunta, Valencia. Pretextos.

Foucault, M, 1992, Microfísica del Poder, Madrid. Ediciones La Piqueta.

Giroux, Henry, 1999, Teoría y Resistencia en Educación, Buenos Aires, Siglo XXI.

Lourau, René, 1987-1990, Implicación y Sobreimplicación, traductora: Lic. María José Acevedo, Grupo doce, Buenos Aires. Editorial La Piqueta.

Kuhn, Thomas, 1962, La estructura de las revoluciones científicas, México. Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, Paul, 2003, La memoria, la historia, el olvido, Madrid, Trotta.

Ulloa, Fernando, 2007, Ternura, numerosidad social e insurgencias. En: Amarante, Paulo, Subjetivaciones, Clínicas, Insurgencias. 30 años de Salud Mental. Buenos Aires. Ediciones Madres Plaza de Mayo.

Vedda, Miguel, 2008(Compilador) Constelaciones Dialécticas. Tentativas sobre Walter Benjamín, Buenos Aires. Herramientas.